

Decimoquinta Conferencia. 22 de noviembre de 1916.



George Groddeck
Biblioteca de Psicología Profunda.
Editorial Paidós. 1983.

La última vez intenté dar, recurriendo a los cuentos y leyendas, una noción de lo que considero fantasías generales de la humanidad y prometí hablar hoy de algunas fantasías que conciernen al individuo en particular. No es éste un terreno sencillo ni fácil; al contrario, es extraordinariamente complicado y resulta por lo tanto difícil encontrar un esquema que no violente el tema ni lo simplifique demasiado, un esquema que permita la posibilidad de estudiarlo orgánicamente e integrar las experiencias personales. Aun es más difícil para mí, porque me veo obligado, bien a ser indiscreto o bien a detenerme donde en realidad comienza lo interesante. Me limitaré, pues, a productos de mi propia fantasía y a experiencias generales. Lo que aquí voy a tratar, incumbe a todo el mundo; son fantasías que me han sido comunicadas de todas partes, o poco menos, y que he recogido de los libros o en la calle. La última vez hablé de los cuentos; la mejor manera de hacerlo consistirá, entonces, a partir de un cuento que para muchas personas es el núcleo central de su vida: Cenicienta, o el cuento del Patito Feo. Ya me he referido a estos cuentos, que tienen una característica común. Se trata de una criatura oprimida, a la que todo el mundo considera fea e inferior y en la que poco a poco se advierten cualidades muy superiores a las propias de su medio. Este previo desconocimiento del héroe y su posterior ascensión a una gloria configuran un rasgo general que es común a mucha gente, a casi todo el mundo. Si hay alguien que no lo tiene, resulta entonces explicable que le agrade ascender súbitamente como una estrella; y si las condiciones ambientales permiten que no se sienta oprimido, buscará entonces la manera de hacerse oprimir. Muchas personas fantasean hallarse en una situación en la que no se las considera y de la que luego emergen de manera repentina. Me agradecería explicar en qué medida me atañe esto. Siendo adolescente, leí una descripción, en una obra de Heine, de algunos parlamentarios ingleses. Heine hablaba de un ministro que había empezado su discurso hablando suavemente y con vacilaciones, para volverse poco a poco muy contundente y llegar a mostrarse sarcástico con sus adversarios a medida que avanzaba, hasta que concluyó apelando al apasionamiento de sus oyentes. Ese relato me causó una gran impresión. Se trata de ese rasgo tan particular al que quería referirme, relacionado con algo que a todos ustedes los ha sorprendido: cuando comienzo a hablar, lo hago de manera vacilante; progresivamente me animo y me inflamo y finalmente llego a una fluidez que me transporta. La lectura de aquella descripción interviene profundamente en este caso, alimentando mi deseo de proceder de aquella misma manera. Durante mucho tiempo he tenido la fantasía de que había una asamblea de personas que deliberaban y que yo estaba entre ellas. La asamblea transcurría con fuerza y arrebató y al fin todo terminaba en que yo me levantaba muy humildemente y hablaba, al principio de una manera vacilante, para enardecerme después. Entonces todo el mundo guardaba silencio y contenía la respiración; yo rebatía todos los argumentos y lo que decía era acogido con entusiasmo, obteniendo aprobación. O bien me convertía en el jefe de un movimiento revolucionario. Llegaba a ser jefe en esta ciudad; el movimiento se extendía a otras ciudades y finalmente toda la revolución estaba bajo mi dominio y yo tenía a todo el mundo entre mis manos. A decir verdad, nunca me entretuve en esta fantasía hasta el final. Habitualmente no agoto las fantasías agradables, porque proporcionan un punto de partida para continuar construyendo más posteriormente. Subrayo esto porque me parece oportuno no consumir nunca del todo este tipo de fantasías agradables. Las novelas desagradables en cambio habría que narrarlas hasta el último extremo posible, llegando hasta las posibilidades más ridículas.

Desearía volver al cuento de Cenicienta y al del Patito Feo. Mi experiencia es diferente, en sí misma,

pero esta fantasía fue la que me llevó realmente a hablar en público y a pronunciar conferencias. Sin duda no soy el único que haya llegado a presentarse en público por esta vía, pero además tengo otras razones para situar en primer plano la historia de Cenicienta. Supongamos, por ejemplo, este caso: Alguien desea pasar sin pena ni gloria, pero no puede porque ha sido bien educado, posee alguna fortuna y vive en unas condiciones en las que no le es posible pasar inadvertido; en tal supuesto, y si a pesar de todo quiere que no se le reconozca, llegará a soluciones extrañas. Se hará sucio, empezará a descuidar su atuendo, no se peinará correctamente, no se pondrá ropa limpia y desatenderá su apariencia. Tal vez a solas y en silencio, cultivará su espíritu y adquirirá una gran cultura, para causar de este modo una gran impresión cuando el momento llegue. Todo esto sería perfecto si consiguiera dejar a tiempo su aspecto de Cenicienta. Pero generalmente no ocurre así y, si en realidad pudiera llegar a alcanzar luego una gran posición, se encontraría ya habiendo contraído hasta tal punto hábitos de abandono, que le resultaría imposible deshacerse de ellos. No es grave, a pesar de todo; esto no afecta a su salud. Pero hay toda otra serie de cosas semejantes a la negligencia en el vestir.

Personas de gran estatura se habitúan a estar agachadas; la persona en cuestión se mueve de una manera inadecuada, adoptando una mala actitud corporal. Si una persona esbelta y alta se esfuerza en andar encorvada, con la única idea de volver a enderezarse súbitamente como un meteoro, su actitud le acarreará paulatinamente perturbaciones de la digestión; en una palabra, hay un sin fin de cosas que actúan profundamente sobre la salud. Tomemos, por ejemplo, la manera de andar: alguien que desea pasar inadvertido trata de hacerse lo más pequeño posible, da pequeños pasos, intenta parecer tímido,, no camina con soltura. Poco a poco contrae ciática, porque nunca está en disposición de caminar a zancadas grandes y sueltas. No mueve los brazos manteniéndolos apretados contra el tronco. Muchas personas que tienen la fantasía del Patito Feo mantienen rígidos los brazos, con la idea inconsciente de que llegará el día en que sus brazos pondrán en movimiento al mundo entero y en que una señal de su mano será como si el emperador o Dios levantasen amenazadoramente el dedo. La ocasión no llega nunca, a menos que esa persona tenga la oportunidad de vivir una guerra y dirigir a un puñado de personas como comandante de regimiento o algo similar. Es el mismo caso del jefe de estación de ferrocarril. Lo menciono para llamar la atención sobre algo. Se trata de una profesión en la que un hombre se siente a gusto; puede poner en actividad a todo un conjunto de personas mediante un simple gesto, agitando un farol. El ademán, el movimiento de la mano, es igualmente importante para el director de orquesta. Muchos son los que se hacen directores de orquesta, no porque sean realmente músicos, sino porque tendrán en su mano la batuta y dirigirán un grupo numeroso de músicos, logrando así encantar un teatro o una sala de conciertos. También, aquí aparece en primer plano el cuento de Cenicienta. Mientras el director de orquesta se abre camino entre los demás músicos no pasa absolutamente nada, como tampoco cuando llega arriba y parlotea. Antes de levantar la batuta los directores de orquesta hacen toda una serie de cosas banales e indiferentes porque precisamente esa fantasía de la que hablamos, el acto de levantar la batuta, cobra así un atractivo especial. Pensemos en esas actitudes rígidas y envaradas mantenidas sin interrupción durante mucho tiempo: progresivamente se llega a estados enfermizos y a la decepción, y a partir de esta decepción se producen sentimientos de angustia. Estas personas acaban cayendo en un estado del que ya no salen en absoluto. Adquieren un extraño modo de andar que las arrastra por el suelo; ya no vuelven la cabeza, ni a derecha ni a izquierda, y aprietan rígidamente los brazos contra el tronco. Si a pesar de todo ejecutan algún movimiento, entonces se echan a temblar, porque sus músculos ya no están acostumbrados a la modulación del movimiento y porque son seres que han llegado a temer que se los mire. La mayoría de las veces se avejentan, razonándose a sí mismos: “si ahora me hiciera notar, me pondría en ridículo”. Este es uno de los fundamentos del mal de Parkinson. No es debilidad lo que padecen estas personas, pues si se les palpa la musculatura se comprueba que su brazo, lejos de ser débil, está contracturado con enorme fuerza. El temblor proviene de la tensión. A menudo estos enfermos presentan una facies singularmente inexpresiva.

Son seres que tiemblan no por debilidad, sino por el control de sí mismos y por un esfuerzo muscular totalmente exagerados. Eso en cuanto a esta enfermedad. Pero también hay que aplicarlo a otros estados patológicos. Desearía que se prestara atención a otra cosa, algo que arroja alguna luz sobre las enfermedades y el destino de los seres humanos, siempre partiendo del cuento de Cenicienta. Ese tipo de individuo comienza muy tempranamente a descuidar sus ejercicios corporales; en cambio, se mantiene ocupado intelectualmente

y atesora un montón de conocimientos. Pero nunca se encuentra en condiciones de llevar a cabo hazaña alguna, porque no acaba de aprender la técnica que le permita ejecutar una acción deslumbrante, del mismo modo que un niño que deja la cuna no está en condiciones de levantarse y salir corriendo, o lo mismo que alguien a quien se le dan simplemente colores y un pincel no está en condiciones de pintar mientras no se le muestre de qué manera debe valerse de los pinceles y del color aplicándolos a la tela. Ese individuo pierde el momento idóneo de aprender la técnica. Nunca consigue prodigarse. Si escribe, los demás no lo comprenden y no encuentra editor. El libro no se vende, porque está sobrecargado de un saber excesivamente pesado. Como resultado se produce una intensa insatisfacción. Nunca logra realizar una actividad realmente relajante. El cansancio se acumula cada vez más y finalmente ya no hay orden en todo su ser; la memoria y el pensamiento están empobrecidos dando lugar a la manifestación de toda clase de consecuencias. Este es uno de los hechos más curioso. La persona en cuestión se ve obligada a permanecer mucho tiempo sentada, y sus ojos y los órganos de su abdomen comienzan a fallar, de lo cual resulta un verdadero sufrimiento. Así es como suele ocurrir.

Otra forma de efecto desfavorable del complejo de Cenicienta la hallamos en una fantasía más específicamente femenina, por cierto y muy generalizada. Aquí desempeña un papel el príncipe, que saca de las sombras a la muchacha desconocida y se la lleva a palacio. Muchas mujeres viven obsesionadas por esta fantasía desde su más tierna infancia y así destruyen su vida y su salud. En algún caso favorable, encuentran a veces en un determinado momento a un ser humano al que adornan con cualidades principescas. Pero lo más frecuente es que se conviertan en solteras, siempre en la idea de que ya llegará el príncipe encantado. El hecho de quedar soltera no sería en sí mismo tan grave, ya que siempre es posible ser feliz sin casarse. Pero estas mujeres se destruyen a sí mismas. Tal vez haya un hombre, pero éste no puede encontrar su zapatito. Entonces él deberá ignorarla. Será preciso que primero él se decepcione y comprenda de qué miserable estado la ha liberado. La mujer lo desaira y él quizá insista aún. Ella lo rechaza por segunda vez, porque la prueba tiene que hacerse tres veces. Pero la tercera vez, él no vuelve.

Entonces ella queda abandonada y se dice: “también yo tengo fallas”. Hay que escapar de esta extraña fantasía, pero ella la repite sin cesar. Siempre cae en las mismas dificultades, hasta que el cuento llega a hacerse desagradable, y es cuando comienza el peligro. Uno puede inventarse una historia, pero no tiene la necesidad de contarla hasta el final si la historia termina bien. No obstante, si el cuento comienza a volverse desagradable, y ella pierde el tiempo o se casa, entonces reprime la fantasía, que habrá de continuar reprimiendo ya para siempre. Pero a la menor ocasión vuelve a surgir, cien veces, mil por día, y cada vez deberá reprimirla mediante un gran gasto de energía. Este esfuerzo induce congestiones vasculares, cerebrales y otras perturbaciones. Una fantasía como ésta puede sobrevenir realmente mil veces al día. En anteriores ocasiones dije que la habitación, la casa, es una mujer. ¿Cuántas veces por día se abre la puerta de una habitación? Tal vez veinte veces. Pues bien, la fantasía aparecerá veinte veces; cada además de abrir provocará el retorno de la fantasía. El individuo en cuestión no lo sabe, pero así es. La prueba más sencilla de que la esperanza está ahí cada vez que se abre la puerta, es el nombre propio. Si se interroga a una persona sincera, siempre responderá citando el mismo nombre, porque en un rincón del corazón vive siempre este pensamiento: Tal vez el que viene sea Juan, o Antonio.

Les he presentado así un grupo de fantasías que ustedes mismos tienen que elaborar a su manera; yo sólo puedo ofrecerles algunas indicaciones. Es necesario creer que esto es realmente exacto. Es necesario tratar de creer lo que les digo. Hay que observar a los demás, y entonces se comprobará que todo eso es cierto. Esta curiosa situación y este relato me han servido simplemente como ejemplo, pero además querría poner de relieve otras fantasías, entresacar otro complejo y exponer de un modo más detallado. Hay muchas personas que no cuidan su manera de vestir. Unos lo hacen siempre; otros, algunas veces, y hay por fin otros que son de un pulcritud tan escrupulosa, que terminan por parecer todo lo contrario. Tienen la misma fantasía; simplemente procuran ocultarlo: ha adquirido otra forma distinta.

El hecho de abandonarse es también una negligencia y tiene que ver con el niño díscolo a quien se ha castigado. Si se observan los juegos infantiles, en este caso los del niño díscolo, encontraremos una particularidad: manchas en la ropa, pantalones desgarrados, cabellos revueltos o cualquier otra cosa por el estilo. Entonces viene la conocida pregunta: “¿dónde te has metido?” Y también la tentación de salir de apuros con una historia. Pero todo se descubre, y entonces llega el castigo. De ningún modo es

posible imaginarse cuántas veces se juega a ello en la fantasía.

Es una locura. Se juega constantemente, y por eso la gente descuida su atuendo y sus modales. Esto de descuidar el aspecto físico llega a convertirse en un rasgo del carácter. Sin esta fantasía, no se tendría jamás una mancha, ni se desgarraría una sola prenda. Es una fantasía que juega un gran papel en todo ser humano. En algunas personas adquiere enorme proporciones; tanto es así, que dichas personas no logran zafarse de su fantasía de ningún modo, siendo ella la determinante de todos sus actos. Esto no ha de conducir necesariamente a una vida desdichada o a una enfermedad; también puede tratarse de seres brillantes, llenos de vida, que ejercen una sana influencia a su alrededor. Dichosos aquellos que tienen la oportunidad y el valor de llegar hasta el fondo de su fantasía. Y aun cuando a veces la oculten un momento, siempre queda un hilo para reanudarla al momento siguiente y regocijarse con ello. Pero en muchas otras personas la idea del mal se relaciona con esa fantasía. Los juegos infantiles con un látigo, con varas, con un bastón suelen ser considerados por los educadores como algo malo. Y se mete mano contra ellos, en la idea de que se trata de juegos sexuales. Los padres y los educadores lo saben por experiencia personal; cuando lo comprueban en sus propios hijos, intervienen en contra y se lo prohíben. Estos, entonces, ocultan la historia. No es muy grave. Pero a veces puede ocurrir que se dejen atrapar y que todo el peso moral del adulto se ejerza efectivamente. Tal es el caso cuando el juego se realiza entre hermano y hermana. Cuando juegan un hermano y una hermana, los niños piensan al instante: estás cometiendo un incesto. No conocen este término, pero tienen el sentimiento: es algo horriblemente malo, y les queda una sensación que les deja hartos de la vida fantástica. Se les ha hecho desagradable, pero no la podrán suprimir. La fantasía de un ser maleducado lleva la carga del pecado sexual, y se produce lo que ya dije la última vez: los seres reprimen la fantasía en su punto culminante, o desde el primer momento. Creen que tienen que llegar hasta el fondo de ella; tienen la sensación de ser inferiores; piensan que todo el mundo ve lo que ocurre en ellos. Viven en una compulsión permanente. Y por otra parte sufren la compulsión de comportarse como maleducados. A veces se hacen estrictamente cumplidores y realizan escrupulosamente sus tareas, hasta la más pequeña, con un cuidado que reclama todas sus energías. No tocan un picaporte ni un billete de banco, para evitar las faltas, para que la fantasía no vuelva a remontar el vuelo.

Jamás llegan puntualmente a sus citas. Cuando se pregunta a ciertas personas, se descubre la siguiente fantasía: “yo querría ser maleducado, para que me castigaran”. Como ustedes deben suponer yo no puedo dar detalles aquí; pero así es, y tienen que creerlo. Así me facilitarían ustedes el tratamiento y alcanzarán el objetivo de gozar de mejor salud, a medida que abandonen sus propias convicciones. Mientras esté hablando con alguno de ustedes en necesario que él interrumpa su propio trabajo mental para que el pensamiento siga la orientación que yo le ofrezco. Se opone a esto la idea de que yo soy un maestro de escuela con quien hay que ser maleducado. Con frecuencia advierto la testarudez de un niño que no quiere dirigirse a mi; aquí empieza a actuar la fantasía; cada cual habla para sí mismo y no nos podemos entender. Tengo que referirme de nuevo a los malos modales y hacer entender por qué son tan frecuentes. Quiero llamar la atención sobre algo que es muy sencillo. Vemos en la calle a alguien que lleva un bastón. Inmediatamente surge la fantasía; hay que reprimirla. El bastón no siempre constituye una prueba; lo es mucho más el látigo. Hay muchas personas que, por esta razón, no pueden subir a un coche de caballos. No pueden soportar el chasquido del látigo; se encolerizan con quien lo usa y le insultan, con lo cual dan testimonio de su actitud provocadora y de su deseo de ser golpeados. Hay algo más, algo que se yergue ante la Marienhöhe y que nunca falla. Pregunto qué tipo de árboles hay delante de la Marienhöhe. Las personas interrogadas no lo saben, porque son abedules, y con los abedules se hacen varas. He hecho a menudo esta experiencia, y la gente nunca ve este árbol, al cual es difícil que no se pueda ver, porque es la férula de castigo que planea sobre el sanatorio. La mayor parte de las veces el asunto no tiene nada que ver conmigo; casi siempre se trata de hermanos y hermanas vinculados a ideas de incesto o de homosexualidad. Recuerdo que en mi infancia talaban todos los abedules. Se aducía que es un árbol inútil que seca la tierra. En Turingia los eliminaron sistemáticamente. Esto ocurría por las décadas del sesenta y el setenta, cuando fueron suprimidos los castigos corporales. Entonces se eliminó también el árbol con el que se hacían los haces de varas. Y después se eliminaron los álamos, porque recuerdan a las varas. El álamo tiene además la propiedad de llorar. Silba como una vara, pero también llora y gime como un niño. Es el árbol más excitante que existe. Conozco el alcance de todo esto por algunas tristes experiencias que he tenido con enfermos. Una particularidad muy especial del

álamo es su vinculación con el agua. El río tiene cierta asociación con el agua evacuada, con la orina y con la suciedad de la ropa, a lo cual se asocia rápidamente el recuerdo de la vara. Dentro de este contexto el álamo y el agua hay que mencionar las alteraciones de vejiga. Con frecuencia, los males de la vejiga y de los riñones guardan relación con fantasías de suciedad y castigo. Es mucha la gente que al cruzar un arroyo montañoso siente de pronto ganas de orinar, o bien cuando están bajo la lluvia y a oscuras. A veces, cuando uno orina, hay otro al que le dan ganas de hacerlo; el mero ruido suele ser suficiente. Podríamos continuar desarrollando el tema, pero tengo que dejarlo para otra ocasión. Sólo querría hacerles notar una cosa más, que me parece importante a este respecto: la singularidad de las asociaciones que he sugerido.

Tomé como punto de partida el río; llamémoslo Rhin. En alemán se dice *Rhein*, lo que por homonimia significa limpio (*rein*). Lo opuesto de limpio es sucio, y entonces aparece la señal de la suciedad. O bien, el álamo se yergue en Rheinfelden (literalmente, y siempre jugando con la homonimia, campo limpio) o en otro lugar semejante, lo cual refuerza la asociación y pone de manifiesto la fantasía. Si se presta atención a las asociaciones de palabras y a la homonimia, puede llegarse a curiosos resultados, y se entenderá que pueda ser cierto lo que afirmo, es decir, que todas las enfermedades tienen una razón psíquica y que esta razón se relaciona a su vez con la vida infantil.

Volver a Publicaciones de Groddeck
Volver a Newsletter 11-ex-37